

Carolina CERRANO

Universidad de Montevideo-ANII, Uruguay

ccerrano@um.edu.uy

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-0541-9623>

José Antonio SARAVIA

Universidad Rusa de Amistad de los Pueblos, Moscú, Rusia

joseasaravia@outlook.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7435-1987>

Recibido: 12/10/2021 – Aceptado: 30/12/2021

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

Cerrano, Carolina y José Antonio Saravia. "Un verano difícil en la historia del Partido Nacional uruguayo (1931)".

Humanidades: revista de la Universidad de Montevideo, n° 11, (2022): 227-255. <https://doi.org/10.25185/11.9>

Un verano difícil en la historia del Partido Nacional uruguayo (1931)

Resumen: En este artículo se investiga un periodo de tiempo acotado temporalmente, el verano de 1931, pero con una gran significación para el Partido Nacional uruguayo, ya que definiría su ruptura y su campo de acción durante las siguientes tres décadas. La activa y mediática participación en el debate nacionalista de su líder más popular, Luis Alberto de Herrera, constituye una de las aristas principales de análisis. Herrera había sido el candidato derrotado en las últimas tres campañas presidenciales (1922, 1926 y 1930) y se constituyó, para parte de la dirigencia, en el símbolo del fracaso partidario. Por el contrario, este se ocupó de mostrar que la adhesión de la mayoría de la masa partidaria lo tenía como «guía». El nacionalismo asistió durante esos meses a una crispada división que sorprendió a propios y adversarios, por lo que en este trabajo se realiza una reconstrucción minuciosa de las discusiones que permite comprender por qué las heridas de esa batalla interna, producto de la inesperada derrota comicial de noviembre de 1930, serían muy difíciles de sanar.

Palabras clave: Uruguay, Luis Alberto de Herrera, Partido Nacional, verano 1931.

A difficult summer in the history of the Uruguayan National Party (1931)

Abstract: This article investigates a temporary limited period, the summer of 1931, but with great significance to the Uruguayan National Party, since it would define its rupture and field of action during the next three decades. The active media participation in the nationalist debate of its most popular leader, Luis Alberto de Herrera, constitutes one of the main points of analysis. Herrera had been the defeated candidate in the last three presidential campaigns (1922, 1926 and 1930) and was constituted for part of the leadership as the symbol of party failure. On the contrary, he cautiously showed that the adherence of most of the party mass insisted on him as a «guide». During those months, nationalism witnessed a tense division that surprised itself and its adversaries, so in this work, a meticulous reconstruction of the discussions is carried out that allows to understand why the wounds of that internal battle, product of the unexpected electoral defeat of November 1930, would be very difficult to heal.

Keywords: Uruguay, Luis Alberto de Herrera, National Party, summer 1931.

Um verão difícil na história do Partido Nacional uruguaio (1931)

Resumo: Esse artigo possui um recorte temporal breve, focaliza-se no verão de 1931, mas com uma grande significação para o Partido Nacional uruguaio, já que definiria sua ruptura e seu campo de ação durante as seguintes três décadas. A ativa e mediática participação no debate nacionalista de seu líder mais popular, Luis Alberto de Herrera, constituiu uma das aristas principais de análise. Herrera tinha sido o candidato derrotado nas últimas três campanhas presidenciais (1922, 1926 e 1930) e constituiu-se na parte da diligência, no símbolo do fracasso partidário. Pelo contrário, ele ocupou-se de mostrar que a adesão da grande maioria da massa partidária o tinha como «guia». O nacionalismo assistiu durante esses meses uma grande divisão que surpreendeu aos próprios e adversários, pelo que neste trabalho realiza-se uma reconstrução minuciosa das discussões que permite compreender por que as feridas dessa batalha interna, produto da inesperada derrota comicial de novembro de 1930, seriam muito difíceis de sarar.

Palavras-chave: Uruguay, Luis Alberto de Herrera, Partido Nacional, verão de 1931.

Introducción

«Como lobos me persiguen y pretenden que como
a corderos los trate. En manada me asaltan,
engolosinados en la persecución contra uno solo, y
¡todavía! Se quejan porque el así agredido, sin contarlos,
los enfrenta ¡Ya entre ellos se van a devorar!».

Luis Alberto de Herrera.¹

El 30 de noviembre de 1930 el Partido Nacional perdió las elecciones presidenciales frente a su adversario, el Partido Colorado, por una diferencia de 15.000 votos. Si bien no era una cantidad tan abultada, si se la compara con los resultados más estrechos de 1922 (5.175) y de 1926 (1.526), se vivió como una catástrofe partidaria, que sumió a su dirigencia y a sus bases en el desconcierto y el pesimismo. El nacionalista Luis Alberto de Herrera cosechó su tercera derrota consecutiva como candidato a la presidencia y tras los comicios comenzó a ocupar un rol mediático cada día más activo. Para algunos pasó a personificar el fracaso, por más que esta idea no fuera transmitida de forma explícita. Las discusiones en relación con el adverso resultado fueron significativas en el mes de diciembre, pero durante el verano de 1931 tomaron un tono cada vez más violento, acelerándose la crisis del partido. Herrera se atrincheró en un antibatllismo furibundo, ninguneó a sus oponentes internos e inició una abierta campaña contra la constitución vigente. La escalada verbal tornó la derrota electoral en un tsunami político que arrasó la unidad partidaria, lo que se refleja en esta investigación a través del análisis de la prensa nacionalista.² El ritmo de los sucesos políticos de los meses de enero, febrero y marzo de 1931 amerita una reconstrucción

1 Luis Alberto de Herrera, «Una oligarquía frente al pueblo», *La Tribuna Popular* (Uruguay), 11 de marzo de 1931, 1.

2 La bibliografía secundaria sobre este periodo es escasa y las obras publicadas no analizan en profundidad esta temática. Por otra parte, los abordajes historiográficos sobre Luis Alberto de Herrera se centran en su trabajo como historiador y su pensamiento político, faltando obras que lo estudien en su faceta política desde 1930 hasta su muerte en 1959. El libro más completo sobre su figura, pero limitado hasta fines la década del veinte es el de: Laura Reali, *Herrera. La revolución del orden: Discursos y prácticas política, 1897-1929* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2016). En su último trabajo Gerardo Caetano le dedica un capítulo, aunque no cubre en detalle el análisis de su liderazgo partidario: *El liberalismo conservador* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021), 151-179.

minuciosa de los acontecimientos para comprender la génesis del cisma del partido que se convertiría en irreconciliable hasta 1958.³

El abordaje de la discusión interna del nacionalismo permite reflexionar sobre el liderazgo, la política y la ética desde la visión de los distintos grupos partidarios. El corpus documental lo constituyen los siguientes medios periodísticos montevidianos: *La Tribuna Popular*, *El País*, *El Nacional* y *Diario del Plata*. *La Tribuna Popular* fue el órgano utilizado por Herrera (quien carecía de un medio propio, ya que *El Debate* comenzaría a publicarse a mediados de año) para promocionarse y defender sus posiciones, caracterizado por la confrontación, la agresividad, la movilización de pasiones y sentimientos en su intento de llegar a los sectores populares de una forma próxima. En cambio, *El País* nucleaba a las personalidades del directorio del Partido Nacional, que asumió funciones a fines de enero de 1931, y a los dirigentes que creían que el personalismo encarnado en Herrera era un peligro para el futuro partidario. Su lenguaje era más mesurado y apelaba a la racionalidad de las filas nacionalistas. Por su parte, *El Nacional*, medio de difusión de la Agrupación Nacional Demócrata Social, situada en la centroizquierda, uno de cuyos principales exponentes era el abogado Carlos Quijano. Por último, *Diario del Plata* era dirigido por el parlamentario nacionalista Juan Andrés Ramírez, quien se encontraba en las antípodas del herrerismo.⁴

Por lo tanto, las declaraciones y mensajes a través de la prensa jugaron un rol esencial como transmisores de las ideas entre los políticos en pugna, en un momento en el que las vías de comunicación directa en los órganos oficiales del partido habían sido cortadas. De tal modo, por la naturaleza de las fuentes consultadas, el lenguaje escrito adquirió un papel de suma relevancia como medio de expresión para los hombres públicos implicados. Así pues, este artículo se sirve de los instrumentos brindados por el análisis del discurso para estudiar los alcances de las manifestaciones de los políticos.⁵

3 El libro de referencia para el análisis del año 1931 en la política uruguaya en general es el de: Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo (1930-1933), Tomo 1* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989). En cuanto a la interna nacionalista, Eduardo Víctor Haedo, uno de sus protagonistas del sector herrerista, escribió un texto durante la década de 1930, en el que da su visión de los acontecimientos a la vez que aporta documentación partidaria y de prensa: *La caída de un régimen. Tomo II* (Montevideo: Cámara de Representantes del Uruguay, 1990). Una interpretación contemporánea desde el anti herrerismo es la de: Gustavo Gallinal, *El Uruguay hacia la dictadura* (Montevideo: Nueva América, 1938).

4 Para más información sobre la prensa nacionalista: Daniel Álvarez Ferretjans, *Desde la Estrella del Sur a Internet: Historia de la Prensa en el Uruguay* (Montevideo: Búsqueda-Fin de Siglo, 2008), 208-209, 232, 339-340, 442, 446, 461-464, 488. En cuanto a los demócratas sociales y sus posiciones ideológicas: Gerardo Caetano y José Rilla, *El joven Quijano, 1930-1933: izquierda nacional y conciencia crítica* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986).

5 Las herramientas teóricas utilizadas se basan en los referentes de la Escuela de Cambridge y sus sucesores. A modo de ejemplo: Quentin Skinner, "Significado y comprensión en la historia de las ideas", *Prismas: revista de historia intelectual*, n° 4, (2000): 149-194; John Pocock, *Pensamiento político e historia*. (Madrid: Akal, 2011); George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana* (Madrid: Cátedra, 1991).

De la unidad partidaria a la confrontación

El 30 de noviembre de 1930 se llevaron a cabo elecciones presidenciales en Uruguay. El lema Partido Nacional presentó dos candidatos: Luis Alberto de Herrera y Eduardo Lamas, el primero obtuvo la mayoría de los sufragios blancos. Sin embargo, el lema Partido Colorado logró un porcentaje mayor en el total de votos, por lo que Gabriel Terra asumió la primera magistratura el 1° de marzo de 1931.⁶ La campaña electoral se había desarrollado de forma armónica, debido a que la prensa nacionalista, a pesar de tener cada una sus simpatías propias, tuvo palabras de reconocimiento y de apoyo a ambos dirigentes. No hubo hechos que revelaran discrepancias fundamentales en el seno de la colectividad, lo que era motivo de orgullo partidario, al tiempo que entre los colorados las divisiones cada día tomaban un rumbo más rupturista, acentuado desde el fallecimiento de José Batlle y Ordóñez en 1929. Las expectativas de lo que visualizaban como una segura y definitiva victoria nacionalista se estrellaron con una realidad inesperada, puesto que por primera vez desde 1922 la diferencia con los colorados se amplió de forma considerable.⁷ Este fracaso con su correspondiente retroceso en el número de votos, destaparon discusiones internas sobre los motivos del adverso resultado. En este sentido, las principales preocupaciones giraron en torno a la reorganización y a la necesidad de definir y precisar las posiciones ideológicas y las propuestas políticas para el futuro. La derrota mostró que la pregonada unidad no era tan armoniosa y que existían inquinas y rencores acumulados entre los dirigentes. A la par, una vez finalizados los comicios se ventilaron denuncias de fraude electoral, compartidas por el nacionalismo y los colorados riveristas. Este asunto ocupó poco espacio mediático durante diciembre, aunque cobró fuerza en enero del año siguiente.

En efecto, el balance elaborado por el Partido Nacional no era alentador. Su pesimismo se veía acrecentado no solo por razones electorales: el peso de la crisis económica y financiera a nivel mundial tenía sus repercusiones en el país, y la desocupación se volvía cada día más aguda y era un motivo de inquietud en el conjunto de la clase política. Desde *El Nacional* se manifestaba que el único signo positivo de Uruguay era su rol como «asilo seguro» de

6 Caetano y Jacob, *El nacimiento del terrorismo (1930-1933)*, 163-168.

7 Sobre la campaña electoral de 1930 y sus consecuencias: Carolina Cerrano y José Saravia, "El Partido Nacional uruguayo en las elecciones de 1930", *Res Gesta*, n° 57 (2021): 258-280. [<https://erevistas.uca.edu.ar/index.php/RGES/article/view/3555>]; Caetano y Jacob, *El nacimiento del terrorismo (1930-1933)*, 151-173, 188-195; Göran Lindahl, *Batlle: Fundador de la democracia en el Uruguay* (Montevideo: Arca, 1971), 261-267.

la democracia en América. Las interrupciones constitucionales de Bolivia, Perú, Argentina y Brasil del año anterior, que se sumaron a las dictaduras de Chile y Venezuela, eran una señal de alarma porque repercutía en «algunos insanos que aspiraban para nuestra Patria lo que afrenta a la mayoría de los países amigos».⁸

Por su parte, *La Tribuna Popular* inauguró el año 1931 con una saga de artículos provocativos titulados «La gran estafa electoral» con los que ponía en evidencia la «magnitud del atentado» del fraude organizado por la «secta» batllista para seguir manteniendo sus posiciones y «lesionar» de forma «vergonzante» la dignidad nacional. En esta dinámica, el herrerismo reclamaba la anulación y nueva convocatoria de las elecciones en varios circuitos de Montevideo. Sus motivos se fundaban en que en decenas de mesas receptoras de votos al parecer habían funcionado como secretarios solo ciudadanos colorados o clasificados de nacionalistas, pero que no tenían representación oficial del partido.⁹ A lo anterior se sumó que a mediados del mes en el Senado Enrique Andreoli atribuyó coacciones electorales en el Ministerio de Obras Públicas, que incluían a funcionarios que habían realizado colectas con fines electorales, ofrecido ascensos y trabajo a cambio de votos y suspendido a trabajadores que no respondían a la presión de los superiores, entre otras.¹⁰ No obstante, el foco de las protestas estuvo en los circuitos que no respetaron las leyes electorales.

Mientras se ventilaban las irregularidades comiciales, el 2 de enero renunció el directorio del Partido Nacional. Cabe mencionar que Herrera, que había sido integrante de ese cuerpo, lo había hecho en el mes de diciembre. Para sus seguidores, su actitud había sido pionera para precipitar este acontecimiento, visualizado como necesario. *La Tribuna Popular* argumentó que su líder no había tolerado la presencia de «batllistas blancos» en el directorio cesante.¹¹ Esta acusación no dejaba de ser una grave afrenta para muchos correligionarios. Los herreristas consideraban que había dirigentes operando como adversarios «infiltrados», «indiferentes», «derrotistas» y «fríos», es decir, que con su «silencio» ante el fraude no deseaban el triunfo del partido. Así pues, presionaban para que el nuevo directorio se nutriera de «blancos de

8 Héctor Payssé Reyes, «El año que se terminó», *El Nacional* (Uruguay), 1 de enero 1931, 1; Juan Pedro Zeballos, «Año de dictaduras», *El Nacional*, 1 de enero 1931, 1.

9 «La gran estafa del 30», *La Tribuna Popular*, 2 de enero de 1931, 1; «La gran estafa del 30», *La Tribuna Popular*, 3 de enero de 1931, 1; «Las elecciones del 30 serán anuladas», *La Tribuna Popular*, 8 de enero de 1931, 1. Haedo transcribió actas del directorio del partido en las que se abordó este asunto: *La caída de un régimen*, 248-254, 258-259.

10 «Se formulan denuncias sobre coacción electoral», *La Tribuna Popular*, 20 de enero de 1931, 1.

11 «Anoche renunció el directorio», *La Tribuna Popular*, 3 de enero de 1931, 1.

verdad, sin dobleces y dispuestos a jugarse» para defender las decisiones de un pueblo «indignado». Asimismo, si no estaban dispuestos a asumir esa «valiente» actitud los invitaban a abandonar las filas nacionalistas con alocuciones como «¡Están de más!» y los amenazaban: «¡Los pondremos al desnudo para que el pueblo los juzgue!».¹² Estas lapidarias críticas se acompañaban con una angustiada solicitud de recuperar la disciplina partidaria – solo concebida como plegarse a su criterio- y, en caso de no alcanzarla, la disolución era una sentencia.¹³ Al mismo tiempo, pedían al pueblo «vigilancia» y no «cruzarse de brazos ante esta emergencia», aunque para calmar los ánimos aclaraban que «todas las coacciones son repudiables, pero sí es el deber del electorado hacer sentir su pensamiento al respecto».¹⁴

De hecho, si bien el Partido Nacional había elevado al Senado un pedido de anulación de algunos circuitos electorales en la capital,¹⁵ algunos dirigentes se declararon contrarios a movilizarse y a hacer campaña periodística en apoyo a esta decisión. Estos señalaban la esterilidad del procedimiento, puesto que los votos denunciados no modificarían el resultado global de la elección favorable a los colorados. Para otros, se daba el riesgo de beneficiar al riverismo y reabrir el polémico hándicap.¹⁶

El herrerismo, desde *La Tribuna Popular*, sostuvo que era falso el rumor de que su intención era contribuir al triunfo riverista, y reiteró su condena al hándicap como una fórmula antidemocrática y anticonstitucional.¹⁷ Los

12 «La gran estafa del 30», *La Tribuna Popular*, 4 de enero de 1931, 1; «La gran estafa del 30», *La Tribuna Popular*, 5 de enero de 1931, 1; «La gran estafa del 30», *La Tribuna Popular*, 6 de enero de 1931, 1.

13 «El Partido Nacional debe disciplinarse sino quiere llegar a la disolución», *La Tribuna Popular*, 6 de enero de 1931, 1.

14 «Deben anularse los cincuenta y un circuitos», *La Tribuna Popular*, 25 de enero de 1931, 1; «El pueblo vigila», *La Tribuna Popular*, 31 de enero de 1931, 1.

15 «Cumpliendo un deber», *El País* (Uruguay), 22 de enero de 1931, 1.

16 El hándicap fue un acuerdo colorado para sellar la unidad del lema partidario escasas semanas antes de las elecciones presidenciales del 30 de noviembre de 1930. Por medio de esta fórmula se les prometió a los riveristas que si su candidato Pedro Manini Ríos obtenía el 17.5 % de los votos, el candidato batllista Gabriel Terra, del que se esperaba obtener mayor cantidad de sufragios, se comprometía a renunciar a la presidencia a favor de Manini Ríos. Lindahl, *Battle*, 253-254. Algunas notas periodísticas a modo de ejemplo son: «Extraño olvido», *El País*, 16 de enero de 1931, 5; «La anulación de las elecciones en nada beneficiaría al nacionalismo», *El País*, 17 de enero de 1931, 5; «Obligados a hablar, hablemos clara y serenamente», *El País*, 25 de enero de 1931, 5; «En el entretenero político: dónde están los guapos», *Diario del Plata*, 20 de enero de 1931, 3; «El fraude electoral», *El Nacional*, 19 de febrero de 1931, 1.

17 Cabe consignar que Eduardo Víctor Haedo aceptó unos años más tarde que Herrera «pensó con honrada sinceridad que aquella arma del “handicap” inventada por los batllistas para atraer votos y derrotar al Nacionalismo, podía volverse ahora contra quienes la esgrimieron (...) para hacerlos destrozarse entre ellos o “amargarles la fiesta”». Es decir, reconocía que la intención de Herrera de combatir el fraude podía contribuir a que Manini alcanzara los votos para la presidencia y así obligar al Partido Colorado a resolver su caótica interna. Haedo, *La caída de un régimen*, 255-256.

herreristas interpelaban a sus adversarios internos con el interrogante de si se movían por cobardía o por otros intereses, y demandaban al Senado, de mayoría nacionalista, no traicionar al pueblo como lo hizo en 1927 cuando renunció a ser juez de la elección después del «atentado» de la cerrillada.¹⁸ El recuerdo de la estrecha derrota electoral nacionalista en las elecciones de noviembre de 1926 era muy reciente. El verano de 1927 había mantenido en vilo a la opinión pública ante el recuento definitivo de los votos. Al final, el Partido Nacional, desde el Senado, avaló el ascenso del batllista Juan Campisteguy a la presidencia, con el apoyo de Herrera. Entonces, cuatro años más tarde, los antiherreristas le reprochaban a su excandidato que fuera tan inflexible en sus denuncias en un momento en que la diferencia era muy superior. Herrera aclaró que se estaban discutiendo dos fraudes distintos, puesto que en 1927 hubo ciudadanos que habían votado coaccionados por fuerzas de seguridad, y que en 1930 la nulidad estribaba en que las leyes electorales no se respetaron porque funcionaron circuitos de votación con miembros de un solo partido. Herrera amparaba su posición manifestando: «toda mi culpa actual consiste en defender el derecho popular, en reclamar el cumplimiento de las leyes, en hacer pie firme frente al intolerable desafío batllista, y en hacerme eco del clamor partidario».¹⁹

Del mismo modo, los herreristas exigían «reorganización partidaria», transformada en una urgencia ante el desastre electoral de noviembre, que debería contemplar el armado de ficheros de los ciudadanos nacionalistas, asegurar los delegados para las mesas de votación, ofrecer locomoción el día de los comicios, dar mayor vida a los clubes e incrementar el tesoro partidario.²⁰ De hecho, en diciembre se había tomado a la Unión Cívica Radical de Argentina como un modelo a considerar para esta tarea, la que destacaba por su eficiencia técnica y actividad incansable.²¹ En su perspectiva, la reorganización se ligaba a la obligación de reemplazar dirigentes, en concreto «los llamados conservadores perjudican enormemente al credo, puesto que aparecen en todos sus actos como enemigos del obrero, del trabajador (...) hombres impopulares que restan a la causa millares de votos. Es necesario,

18 «El Senado cumplirá con su deber», *La Tribuna Popular*, 11 de enero de 1931, 1. Sobre los sucesos post elecciones de 1926, véase: Carlos Manini Ríos, *La Cerrillada* (Montevideo: Imprenta Letras, 1973) y Milton I. Vanger, *José Batlle y Ordóñez: La elección de 1926* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2012).

19 «Hay que despreciar las actitudes despreciables», *La Tribuna Popular*, 26 de enero de 1931, 1.

20 «Si el Partido Nacional no se organiza: inútiles serán los programas y las tendencias», *La Tribuna Popular*, 9 de enero de 1931, 1.

21 «Lo que debió hacerse», *La Tribuna Popular*, 3 de diciembre de 1930, 1. También era necesario incorporar más jóvenes en la dirección partidaria: «El nuevo directorio nacionalista», *La Tribuna Popular*, 5 de diciembre de 1930, 1.

entonces, llamar al orden a esos señores». ²² Unos días más tarde de esta arenga se desarrolló el congreso elector de nuevas autoridades del nacionalismo en las que Herrera perdió la elección y no pudo acceder a la presidencia del partido. Desde ese momento la condena y persecución mediática a sus opositores no tendría freno, como se verá en el siguiente apartado.

Herrera ¿autor o víctima de la crisis del nacionalismo?

Para Herrera, los comicios de 1930 fueron un «verdadero latrocinio» producto de un «fraude a gran escala» y ante el cual el Partido Nacional no podía quedarse pasivo. A partir de este razonamiento, inició una batalla verbal hacia los nacionalistas que «conspiran contra los ideales de nuestro partido» cuyos «espíritus opacados» se «inclinan ovejunamente, ante el exceso adversario y que vierten, a media voz, palabras de derrotismo». No solo los ninguneaba como ovejas, sino que, valiéndose del recurso de la animalización, los tildaba de polillas que lo carcomían en la oscuridad, llamando a los suyos «a luchar, sin cuartel y de frente». ²³ En otra intervención indicó que: «con la creciente hasta los peludos salen de la cueva y ganan la cuchilla». ²⁴ Herrera repudió a los correligionarios que no compartían su hartazgo, que no insistían en denunciar el fraude e investigarlo y que no hacían propaganda contra la corrupción electoral, y cómo con tal actitud desoían la «indignación nacionalista» y hacían un juego favorable al batllismo. ²⁵ Un abismo separaba la energía y valentía del herrerismo frente a los que bregaban por un partido «manso», «blando» o «flojo», incompatible con la «hombría» nacionalista favorable a la lucha y en particular cuando «las circunstancias demandan una acción más vigorosa y de franca oposición al sistema imperante». En palabras

22 «Se pide la inmediata reorganización del Partido Nacional», *La Tribuna Popular*, 11 de enero de 1931, 1.

23 «De nuevo la palabra del Dr. Herrera retempla la fibra cívica», *La Tribuna Popular*, 13 de enero de 1931, 1. Al día siguiente Leonel Aguirre exigió a Herrera que precisara los nombres de los imputados de esos gravísimos cargos de defecación y cobardía ante el batllismo, «eterno enemigo» del partido. Leonel Aguirre, «Publicaciones ofensivas», *El País*, 14 de enero 1931, 5. Dos días más tarde, Aguirre criticó a Herrera por el abuso de estigmas del reino animal -oveja, avestruz, polilla, liebre- para denostar a ciudadanos representativos del partido. Leonel Aguirre, «Las ofensas a los hombres del partido», *El País*, 16 de enero de 1931, 5. En febrero este medio siguió publicando notas de desagravio: «El batllismo y el Partido Nacional», *El País*, 4 de febrero de 1931, 5.

24 Luis Alberto de Herrera, «La época incierta que se abre en la política nacional», *La Tribuna Popular*, 12 de febrero de 1931, 1.

25 Luis Alberto de Herrera, «No tiene personería en la emergencia el Dr. Aguirre», *La Tribuna Popular*, 15 de enero de 1931, 1.

de Herrera, la disyuntiva era: «O se está con el pueblo nacionalista (...) o se está contra él».²⁶

Ante el congreso elector de autoridades del Partido Nacional, Herrera aceptó el pedido de los suyos de postularse como candidato a presidente del directorio con el objetivo de efectivizar el cumplimiento estricto de las leyes, lo que implicaría anular circuitos electorales viciados de irregularidades en la última elección nacional, además de «intensificar el movimiento anticolegialista» para modificar la constitución vigente.²⁷ Asimismo, los herreristas anunciaron que solo integrarían el directorio si su «jefe civil» era electo presidente del cuerpo.²⁸ Al final, el 23 de enero, la lista de Herrera perdió la votación con 67 votos frente a los 96 de sus adversarios, quienes dieron la victoria a la fórmula de Ismael Cortinas como presidente del directorio, Enrique Andreoli como primer vicepresidente y como segundo vice a Amador Sánchez.²⁹ En su primer discurso Cortinas anunció su deseo de concordia y de «lealtad para todos los sectores de la opinión partidaria» y con énfasis pidió «a la propaganda proselitista que se mantenga dentro de los justos límites del respeto a las ideas ajenas, pues la demagogia o el engaño constituyen siembra infecunda que no puede ni debe prosperar en el solar nacionalista».³⁰

Desde la visión herrerista era una injusticia, una traición y una usurpación que su líder no ocupara el puesto de presidente del directorio, debido a que había ganado ese derecho por los ciento treinta mil sufragios obtenidos en el «plebiscito» del partido en los comicios de noviembre de 1930, lo que según sus cálculos representaba el 86 % del electorado partidario. En el Club Nacional se llevó a cabo la reunión de la asamblea de congresales. *La Tribuna Popular* relató cómo en la puerta, en el vestíbulo y en la calle los herreristas tomaron posiciones frente a los «avestruces» ubicados en una de las salas interiores.³¹ Esta descripción concuerda con la concepción de la política que

26 «Ayer se fustigó duramente la política mansa de los enemigos del Dr. Herrera», *La Tribuna Popular*, 25 de enero de 1931, 1; «El Senado ante la protesta», *La Tribuna Popular*, 16 de enero de 1931, 1.

27 «Hay que intensificar el movimiento anticolegialista», *La Tribuna Popular*, 18 de enero de 1931, 1.

28 «La conspiración contra Herrera», *La Tribuna Popular*, 19 de enero de 1931, 1.

29 «El consejero Ismael Cortinas fue electo Presidente del Directorio del Partido», *El País*, 23 de enero de 1931, 3; «La elección de Directorio Nacionalista», *Diario del Plata* (Uruguay), 23 de enero de 1931, 1. En el congreso elector, la Agrupación Demócrata Social no presentó candidatos propios y apoyó la lista de Cortinas aclarando que su abstención hubiera imposibilitado el *quorum* necesario para elegir nuevas autoridades «El nuevo directorio», *El Nacional*, 23 de enero y 24 de enero de 1931, 1. El grupo de Quijano señaló que las elecciones de autoridades internas sellaron la ruptura definitiva con Herrera. Para ampliar sobre el impacto de los acontecimientos de 1931 en los demócratas sociales, véase: Caetano y Rilla, *El joven Quijano*, 98-114.

30 «El congreso elector dio ayer fin a su tarea», *El Nacional*, 29 de enero de 1931, 1.

31 «Anoche los “batllistas colegialistas” del Partido Nacional derrotaron al doctor Herrera», *La Tribuna Popular*, 23 de enero de 1931, 1.

tenía su jefe: «a los partidos populares no se los dirige desde los gabinetes, hay que estar en la calle».³² Al momento de su llegada, Herrera fue «muy aplaudido» y «llevado en andas (...) al bar del club» donde hizo uso de la palabra. Su derrota derivó en que sus diatribas contra sus compañeros se tornaran más virulentas. A la medianoche, en el cierre del congreso hubo algunos incidentes, ya que los «émulos de Judas» al abandonar el edificio fueron insultados y silbados con el mote de «avestruces, felones, embaucadores y batllistas».³³ La mirada sobre el porvenir transmitida por la prensa pro-Herrera fue lapidaria: «El Partido Nacional, esencialmente revolucionario en su brillante ejecutoria, quedaría así convertido en el león de la fábula a quien le limaron los colmillos y le cortaron las garras», es decir, habían triunfado los «mansos» y «flojos».³⁴

Para el herrerismo, el nuevo directorio estaba integrado por los «partidarios de los acuerdos» y de la «política de acomodados», personajes «calculadores» y «arribistas». En definitiva, eran unos «antiherreristas» desagradecidos y mentirosos. Herrera les incriminó en varias alocuciones públicas que habían escalado niveles abusando «industrialmente de su modesto nombre» y de su confianza. A partir de ese momento, anunció que solo se reuniría de «verdaderos amigos», intérpretes fieles del «sentimiento nacionalista», dispuestos a «salvar al país» de la dominación batllista y del colegiado.³⁵ Según su visión, él y sus seguidores encarnaban la masa popular del partido opuesta al grupo de los «privilegiados y oligarcas», estigmas que también eran atributos de los batllistas.³⁶ Ese verano en el que las divisiones del partido se perfilaban con mayor precisión que el año anterior, Herrera se adueñó del concepto de popular para identificar a su sector político. Por ejemplo, Roberto Berro, uno de sus acérrimos acólitos, sentenciaba que era el «más dinámico y popular de los abanderados» del partido.³⁷

Asimismo, Herrera denunció que el congreso elector se había llevado a cabo a «espaldas del electorado nacionalista» y que los elegidos, como estaban

32 Luis Alberto de Herrera, «La época incierta que se abre en la política nacional», *La Tribuna Popular*, 12 de febrero de 1931, 1.

33 «Anoche los “batllistas colegialistas” del Partido Nacional derrotaron al doctor Herrera», *La Tribuna Popular*, 23 de enero de 1931, 1. A diferencia de esta crónica, *El País* reivindicó la «total normalidad» del acto eleccionario. «El consejero Ismael Cortinas fue electo Presidente del Directorio del Partido», *El País*, 23 de enero de 1931, 3.

34 «Quieren cortarle las garras al león», *La Tribuna Popular*, 29 de enero de 1931, 1.

35 «Anoche los “batllistas colegialistas” del Partido Nacional derrotaron al doctor Herrera», *La Tribuna Popular*, 23 de enero de 1931, 1. Los herreristas consideraban que el único error objetable de Herrera fue que había «criado cuervos» dentro del partido. «Al final de cuentas», *La Tribuna Popular*, 12 de febrero de 1931, 1.

36 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1.

37 Roberto Berro, «Ante una afirmación calumniosa rectifica en absoluto una tendenciosa afirmación», *La Tribuna Popular*, 17 de febrero de 1931, 1.

«huérfanos del calor cívico» que le cerraba las puertas, no tuvieron otra alternativa que «colarse por la ventana». Desde su perspectiva, el momento era dramático, ya que la «minoría» del partido tenía «horror» de «ponerse en contacto con la masa nacionalista, solo tolerada y jamás querida. No la sienten, no la comprenden: no les interesa. Son los omnibuseros del Partido Nacional, tomado como vehículo que lleva a donde se desea llegar. Solución práctica [...] Sin amor, sin pasión, se es nacionalista como se podría ser comunista o católico».³⁸ En este sentido, las disertaciones de Herrera apelaban a la presencia de «fuerzas ocultas», «conjuros maléficos», de un batllismo que contagiaba «su gangrena» a los nacionalistas que hacían «la ficción de luchar contra el batllismo para abrazarse, de noche, en la mayor camaradería», por lo que exigía que un «alambre de púas» separara los dos campos.³⁹ Los «desertores espirituales» del nacionalismo habían olvidado que un «cisma de sangre» los apartaba del batllismo.⁴⁰ En su lógica, la comunidad nacionalista debía evitar constituirse como una «simple espectadora del banquete colorado».⁴¹

A pesar de que en sus discursos es palpable el resentimiento y enojo dispensados hacia sus compañeros, Herrera se posicionaba como poseedor de una moral superior y describía que no anidaban «rencores en su alma» a diferencia de los «emponchados [...] irreductibles en su odio». Conforme a su estilo discursivo, les arrebatava su condición de seres humanos por medio de la animalización: «el ladrido de los cuzcos molesta por lo cargoso, pero no se toma en serio». En otros términos, a él no le afectaban las injurias y no temía a sus adversarios porque se encontraban en un plano de inferioridad.⁴² Según su criterio, ellos se hallaban en soledad «que es el primer castigo de las acciones reprobables. La malicia popular ya ha puesto su epitafio a esa conducta». A la inversa, él era apoyado por las masas populares, que habían reaccionado con un «¡Hermoso y reconfortante espectáculo!» y quienes eran objeto de sus deudas de gratitud por sus gestos de cariño y apoyo, porque «no resulta fácil contestar cada una de las expresiones cordiales que me salen al encuentro, ni estrechar tantas manos».⁴³ Herrera, en cada intervención, profundizaba en su teoría política acerca de las bondades y maravillas de las

38 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1. En respuesta a esta crítica *El País* sostuvo que Herrera era el «primer pasajero» del ómnibus que quería alejarse del camino recto para tomar un atajo: «El primer pasajero», *El País*, 10 de febrero de 1931, 5.

39 Luis Alberto de Herrera, «Hablándole al país. En lucha resueltamente anticolegialista», *La Tribuna Popular*, 2 de febrero de 1931, 1.

40 «De nuevo la palabra del Dr. Herrera retempla la fibra cívica», *La Tribuna Popular*, 13 de enero de 1931, 1.

41 Luis Alberto de Herrera, «Con el pueblo nacionalista», *La Tribuna Popular*, 6 de marzo de 1931, 1.

42 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1.

43 Luis Alberto de Herrera, «El Partido Nacional dicta su fallo», *La Tribuna Popular*, 23 de febrero de 1931, 1.

muchedumbres, multitudes o masas populares, conceptos intercambiables y manejados como sinónimos. Un aspecto significativo de ellas era su «facultad extraordinaria» para no dejarse engañar con sofismas del «camino recto y bueno», como «los más humildes hijos del pueblo saben distinguir el grano de la paja». Puntualizaba que era «inútil detenerse a averiguar dónde radica el secreto de esta singular intuición popular». En cambio, sus enemigos habían crecido como «maleza», borrando la verdadera senda partidaria.⁴⁴ En estas frases trasluce una concepción populista sobre el pueblo, en el que radicaba la sabiduría natural para elegir a su líder.

De acuerdo con sus ideas, Herrera consideraba que la política debía hacerse «con la llamarada ardiente de la pasión, que es la fuerza magnética de los partidos populares», y que su partido necesitaba enorgullecerse y rejuvenecer la hazaña revolucionaria de Saravia.⁴⁵ En cada intervención recordaba la «garra combativa», el «amor» y la «lealtad» partidaria, virtudes que sus oponentes internos habían abandonado.⁴⁶ Esto quedó en evidencia cuando a fines de febrero la comisión de legislación del Senado expidió su informe sobre el fraude electoral y aprobó como válidos circuitos protestados, sosteniendo que el 99 % de las denuncias eran falsas.⁴⁷ El herrerista Juan Morelli, presidente del cuerpo, renunció.⁴⁸ Para los herreristas, las autoridades del nacionalismo eran culpables de complicidad y de silencio ante la impunidad y criminalidad del batllismo.⁴⁹ Especial inquina se desató contra Juan Andrés Ramírez —miembro de la Alta Corte de Justicia, vicepresidente del Senado y director de *Diario del Plata*— partícipe del informe de investigación electoral. Ramírez fue acusado de ser la «mano negra», «el eterno vampiro del Partido del llano»⁵⁰ y «el alma del movimiento antiherrerista actual».⁵¹ Por el contrario, los medios antiherreristas hicieron un ruego a la serenidad y al respeto del triunfo batllista por más que fuera «doloroso y lamentable» y que la opinión pública debía

44 Luis Alberto de Herrera, «En 1931 como en 1916», *La Tribuna Popular*, 25 de febrero de 1931, 1.

45 Luis Alberto de Herrera, «Hablándole al país. En lucha resueltamente anticolegialista», *La Tribuna Popular*, 2 de febrero de 1931, 1.

46 Luis Alberto de Herrera, «Como en 1916: Anticolegialistas a un lado; colegialistas a otro», *La Tribuna Popular*, 3 de febrero de 1931, 1.

47 «El desenlace de una aventura», *El País*, 19 de febrero de 1931, 5; «El Senado dictó su fallo como juez de la elección», *El País*, 27 de febrero de 1931, 1.

48 «El Senado dictará hoy su fallo», *La Tribuna Popular*, 25 de febrero de 1931, 1.

49 «El proceso de la estafa electoral», *La Tribuna Popular*, 24 de febrero de 1931, 1.

50 «La mano negra», *La Tribuna Popular*, 4 de febrero de 1931, 1; «Se aconseja el rechazo de la protesta», *La tribuna Popular*, 22 de febrero de 1931, 1.

51 «El capitán de 1904», *La Tribuna Popular*, 21 de enero de 1931, 1.

«defenderse de propagandas verbalistas de fácil seducción, pero carentes de contenido real». ⁵²

En esta sección se mostró un perfil de Herrera que sorprendió a los suyos y dejó a sus oponentes a la defensiva. Unos años más tarde, Eduardo Víctor Haedo reconoció la agresividad de sus discursos «distintos por el tono a todos los que habían salido hasta entonces de su pluma», lo que se justificaba por las «heridas» del congreso de enero y por el accionar de sus adversarios que no le dieron «tregua» para «destruirlas». ⁵³ En esta lógica, Herrera era una víctima partidaria, en cambio, los agraviados no dejaron de manifestar su perplejidad ante lo que concebían como injustas y falsas acusaciones de Herrera, que se veía cegado por sus emociones distorsionadas.

La réplica ante la actitud de Herrera y la génesis definitiva del cisma

Los nacionalistas apartados del herrerismo no guardaron silencio y respondieron con increpaciones hacia el caudillaje de Herrera. Durante la década de 1920, su liderazgo se había consolidado de manera paulatina dentro del Partido Nacional, lo que había llevado en varias oportunidades a *El País* a aludir a los riesgos de este proceso. No obstante, en el verano de 1931 ese temor se convirtió en una alarmante realidad, concretada en la aparición del personalismo. Este era definido como «seguir ciegamente a un hombre y subordinar a él orientaciones, ideas, libertad, principios», en el que el caudillo se transformaba en un fetiche idolatrado por sus amigos y seguidores. ⁵⁴ También usaron la imagen del pastor y del rebaño obediente y dócil, criticando que fuera llamado «jefe civil». ⁵⁵ Según su mirada, la servidumbre incondicional y pasional hacia una persona era «indigno de un partido moderno» movido por ideas e ideales. ⁵⁶ Asimismo, explicaban que cuando el servilismo se profundiza el fetiche se cree las adulaciones y agudiza su omnipotencia. *El País*, sirviéndose de argumentos fundados en la experiencia histórica, manifestaba que estas

52 «El fallo del Senado», *El Nacional*, 24 de febrero de 1931, 1.

53 Haedo, *La caída de un régimen*, 286-287.

54 «Los personalismos resultan siempre funestos», *El País*, 1 de febrero de 1931, 5.

55 «En la actual crisis del Partido Nacional», *El País*, 20 de febrero de 1931, 5; «La esclavitud cívica», *El País*, 7 de febrero de 1931, 5.

56 «¿Fraude electoral?», *El País*, 27 de febrero de 1931, 5.

tendencias siempre acababan mal, con el ejemplo del expresidente argentino Hipólito Yrigoyen derrocado el año anterior.⁵⁷ Herrera retrucó que era un honor que se lo comparara con un «ilustre ciudadano de América, de manos limpias e intenciones probas» y le transmitió al mandatario cautivo en la isla Martín García su «inalterable afecto y mi más cálido homenaje republicano».⁵⁸

Por su parte, *El Nacional* advertía que la modernidad de un partido se vinculaba con la presencia de líderes y no por la de caudillos. Mientras que los primeros son representantes, mandatarios y conductores que obedecen y dirigen siguiendo las normas de su colectividad, los segundos, en evidente alusión a Herrera, son símbolos de incultura política y resabios del pasado, hombres que se sienten dueños del partido y confunden a la organización con su persona, transformándose en «mitos encarnados para mover a las masas».⁵⁹ *El País* también insistía que en Uruguay estaban en vías de desaparición o en decadencia los políticos que exasperaban las pasiones o las fibras sensibles de las multitudes debido a que el avance cultural hacía que el pueblo fuera más exigente y menos crédulo a las mentiras, soluciones fáciles y charlatanería.⁶⁰

Los oponentes a Herrera le reprochaban ciertas incoherencias, como que había formado parte del Consejo Nacional de la Administración [CNA] durante seis años y que de inmediato después de su derrota presidencial en noviembre de 1930 —y con una casualidad sospechosa— se había convertido en un acérrimo detractor. Le reconocían su derecho a «defender su prestigio y propagar sus ideas», aunque de ninguna manera injuriar a los demás hombres del Partido Nacional.⁶¹ *El Nacional* agregó que tenía sus dudas «de las convicciones civilistas del señor Herrera».⁶² En otras ocasiones denunció, de forma genérica, que había miembros del partido dispuestos a abandonar su misión histórica caracterizada por la vía de las urnas, comprometiendo así la paz y ubicándose en el oprobio de «tantas republiquetas en que la política se reduce al duelo singular de los caudillos: los que ganan se hacen dictadores

57 «No es trabajar por el partido», *El País*, 14 de febrero de 1931, 5; «Los peligros del personalismo», *El País*, 3 de febrero de 1931, 5. El accionar del nuevo directorio era ajeno al personalismo y se regiría por la disciplina, el orden, el respeto mutuo y la actividad constructiva. «La labor del directorio», *El País*, 12 de febrero de 1931, 5.

58 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1.

59 «Principios y no hombres», *El Nacional*, 31 de enero de 1931, 1.

60 «El orador político», *El País*, 13 de febrero de 1931, 5.

61 «Los líos de dentro de nuestro partido», *El País*, 7 de febrero de 1931, 5; «Las diez contradicciones fundamentales de Herrera», *El País*, 27 de enero de 1931, 5; «Hablar claro», *El Nacional*, 3 de febrero de 1931, 1. Asimismo, se documentaron declaraciones de Herrera favorables al colegiado para demostrar sus incoherencias: «Sobre lo mismo», *El Nacional*, 3 de febrero de 1931, 1.

62 «Hablar claro», *El Nacional*, 3 de febrero de 1931, 1.

los que pierden se convierten en revolucionarios (...) confiamos en la cordura y honradez de las masas nacionalistas».⁶³

En relación con esta idea, *El País* enfatizó que el partido se mantenía en el «más severo acatamiento de la legalidad... [y] si algún loco quisiera apartarlo de este noble camino caería en el ridículo y solo merecería el desprecio de las almas honradas». Herrera era objeto de veladas críticas cuando se comentaba que, si en política se empleaba la deslealtad, la calumnia y la intriga, con este proceder se atentaba al «pudor cívico» y a la moralidad. Había enorme preocupación de que los escándalos, las agresiones verbales y las vagas imputaciones de Herrera hacia sus compañeros afectaran al «decoro partidario».⁶⁴ *El País* acusó a Herrera y a sus amigos de provocar un «cisma partidario», aunque esperaba que la crisis fuera pasajera y accidental, porque era «injustificada», con lo cual minimizaba, en cierta forma, el problema. Además, en su lectura de los acontecimientos, un «prestigioso ciudadano», es decir, Herrera, se había exasperado incriminando a miembros del partido, quienes no tuvieron más alternativa que responderle.⁶⁵

Desde el herrerismo inferían que era un error minimizar la crisis partidaria. Por el contrario, creían que el partido podía beneficiarse de ella porque obligaría a sus dirigentes a tomar posiciones y permitiría al electorado saber qué pensaban sus candidatos, para así acabar con los característicos discursos aduladores del nacionalismo —como si todos fueran «buenos» e «iguales»— que en la búsqueda de unidad habían ocultado las diferencias.⁶⁶ Herrera consideró que la crisis partidaria era providencial, necesaria, fecunda y saludable, puesto que desenmascaraba a los disfrazados e infiltrados. Si algo tenía para reprocharse «es haber soportado demasiado en homenaje

63 «Revolución y legalidad», *El Nacional*, 5 de febrero de 1931, 1. Otro artículo similar: «Para los hombres sensatos», *El Nacional*, 16 de enero 1931, 1. En esta línea pidió a los herreristas moderar los ataques «desmedidos a las instituciones actuales», manifestando su franca preocupación respecto a la presión ejercida sobre el Senado como juez de la elección: «Menos palabras y más reflexión», *El Nacional*, 17 de enero de 1931, 1.

64 «Pudor cívico», *El País*, 20 de enero de 1931, 5; «Por la unión del partido y contra la difamación de sus hombres», *El País*, 28 de enero de 1931, 5. También reconocían que por una década le habían prestado apoyo político y periodístico, que habían silenciado sus errores por una cuestión de disciplina y amor a la divisa, pero que ello ya no era posible. Por otra parte, aprovechaban para defenestrar la actuación política de Herrera en los últimos años, y en especial se lo acribillaba como culpable de la expulsión de los carnellistas, que se había traducido en la derrota electoral de 1926. «La causa inicial de las últimas derrotas nacionalistas», *El País*, 26 de enero de 1931, 5; «Nuestra actitud ante la expulsión del radicalismo blanco», *El País*, 27 de enero de 1931, 5.

65 Leonel Aguirre, «No hay ni puede haber un cisma partidario», *El País*, 31 de enero de 1931, 5; «¿Hay un cisma nacionalista?», *El País*, 28 de enero de 1931, 5.

66 «Es inútil querer restar importancia a la crisis nacionalista», *La Tribuna Popular*, 12 de marzo de 1931, 1.

a una unidad partidaria más aparente que real». ⁶⁷ En su lectura, había una «discrepancia espiritual» que distanciaba a la masa partidaria de los doctores o los «señores de birrete». ⁶⁸ Sin embargo, a él no le importaba haber perdido la adhesión de esos «señores intelectuales, de sus afines y de su prole, los intelectuales chiquitos» ofuscados con su «odio frío y largamente acumulado». En cierto modo, se presentaba como un mártir que mientras luchaba por el bien del pueblo era calumniado de ser «un ambicioso vulgar... arrebatado por el despecho» y un delincuente culpable de ser un agente de disolución pública. Él se defendía explicando que con total tranquilidad resistía las piedras arrojadas y transmitía a sus seguidores la seguridad de que nunca participaría en «infames conspiraciones» ni se rendiría. De ninguna manera era una «alimaña» ni «una planta maldita». ⁶⁹

En otro sentido, *El Nacional* conceptuaba que la gravedad de la crisis partidaria residía en que no era producto de la discusión de ideas y de principios ideológicos, sino que se planteaba en términos de divisiones personales. En esta dinámica, reiteraban su convicción de que el partido mantuviera su unidad en torno al liberalismo político, su patrimonio común, pero se diferenciara en tendencias ideológicas frente a la problemática económica y social. ⁷⁰ No obstante, el curso de los acontecimientos llevó al grupo de Quijano a condenar las injurias y las tácticas para generar ruido, malestar, desconcierto, desorden y avivar suspicacias, ya que no se podía «cubrir con palabras vanas la falta de orientaciones claras», y exigía a los dirigentes «gran serenidad espiritual y una inteligente prudencia». ⁷¹ No le cabían dudas de que Herrera era el autor de la «anarquía partidaria», por más que él se presentase como «mártir y perseguido» y no tenía más alternativa que aceptar el actual directorio, electo de forma legal. ⁷² La actitud contraria era catalogada de «subversiva». ⁷³

67 Luis Alberto de Herrera, «Salimos de la confusión para entrar en las situaciones definidas», *La Tribuna Popular*, 24 de enero de 1931, 1; Luis Alberto de Herrera, «Como en 1916. Anticolegialistas a un lado; colegialistas al otro», *La Tribuna Popular*, 3 de febrero de 1931, 1.

68 Luis Alberto de Herrera, «La época incierta que se abre en la política nacional», *La Tribuna Popular*, 12 de febrero de 1931, 1; Luis Alberto de Herrera, «Hablándole al país», *La Tribuna Popular*, 2 de febrero de 1931, 1.

69 Luis Alberto de Herrera, «Una oligarquía frente al pueblo», *La Tribuna Popular*, 11 de marzo de 1931, 1; Luis Alberto de Herrera, «Con el pueblo nacionalista», *La Tribuna Popular*, 6 de marzo de 1931, 1.

70 Estos argumentos ya habían sido vertidos en la campaña electoral de 1930. «Diferenciación ideológica», *El Nacional*, 9 de febrero de 1931, 1; «Inició sus sesiones el Congreso elector: nuestra posición», *El Nacional*, 19 de enero de 1931, 1; «Reorganizarse», *El Nacional*, 23 de enero de 1931, 1.

71 «Propagandas anárquicas», *El Nacional*, 15 de enero de 1931, 1.

72 «Anarquizando el partido», *El Nacional*, 6 de febrero de 1931, 1.

73 «Lo que no debe olvidarse», *El Nacional*, 11 de febrero de 1931, 1.

Por su parte, el presidente de la máxima autoridad nacionalista, Ismael Cortinas, a principios de marzo publicó una carta pública dirigida a Herrera en la que remarcó que por cuestiones de «responsabilidad en la dirección política» muchos dirigentes habían guardado silencio porque habían creído que cesaría con sus «agresividades» y que sus «nervios» se calmarían «un poco», pero considerando que esto no había sucedido era momento de ponerle un «límite». Entre varias partes de su razonamiento se destaca la siguiente alocución, en la que critica con dureza el proceder de Herrera:

Pero cuando se asumen actitudes catonianas frente a la multitud, cuando se le dice que hay quienes en vez de dirigirla, la engañan, la entregan y hasta la venden; cuando se señala a esos dirigentes como a mansos lacayos sometidos al látigo adversario, como a vulgares explotadores de la confianza colectiva y hasta como mercaderes indignos dedicados a una explotación industrial, hay que tener la entereza de nombrarlos, relacionando hechos concretos para que haya sanciones merecidas. Lo contrario, la absurda tarea de salpicar a todos y a ninguno, es táctica cómoda pero no correcta, es envenenar a sabiendas la conciencia popular, sembrando la desconfianza y el excepticismo (sic) junto al descrédito de quienes tienen que honrar la bandera que custodian.⁷⁴

La constitución de 1917 asediada: discusiones sobre el futuro partidario

El herrerismo convirtió la desmoralización y el resentimiento por las expectativas frustradas en combustible para dinamitar la constitución y el colegiado. Herrera puntualizaba que su partido «nunca había sido colegialista» y que el pueblo se había alzado el 30 de julio de 1916 contra los *Apuntes* de Batlle.⁷⁵ En su explicación, el sistema híbrido, que «ningún país serio practica», fue una «solución de emergencia» o «circunstancial» y un «gran sacrificio» para que se aceptara el voto secreto y la representación proporcional, entre otras novedades que había instituido la segunda constitución de la república.

74 Ismael Cortinas, «Hay que hablar claro al Dr. Luis Alberto de Herrera», *El Nacional*, 8 de marzo de 1931, 1. En febrero, el directorio del partido había enviado una circular a las comisiones departamentales del interior en la que refutaban «acusaciones malevolentes» de estar en transacciones con el adversario tradicional. «Lo afirma el directorio del Partido categóricamente de una vez por todos», *El País*, 15 de febrero de 1931, 5.

75 Luis Alberto de Herrera, «Ante la gran batalla que precedió al 30 de julio», *La Tribuna Popular*, 20 de febrero de 1931, 1. Sobre los *Apuntes* y la nueva constitución: Lindahl, *Batlle*, 44-49.

El «pseudo colegiado» fue el «precio» o «peaje» pagado para arribar a «la tierra prometida de la tan deseada libertad política». Sus diatribas contra la constitución vigente se construían mediante pruebas históricas, como su disertación sobre el significado del 30 de julio de 1916, «fecha máxima» que simbolizaba la «segunda independencia» —la «epopeya del sufragio»— «contra el opresor de adentro, prendido como un cáncer al pecho de la República».⁷⁶ De forma mimética, en otro 30 —en referencia al día de la última elección nacional— se escribió su «epitafio» ante la opinión pública, producto del «exceso batllista». Desde su punto de vista, la muerte del colegiado cerraba «un capítulo de esperanzas patrióticas» y anunciaba tiempos difíciles u oscuros en los que se acrecentaría la «dominación arrolladora del batllismo», quien se erigía como «el dueño absoluto del gobierno».⁷⁷ En consecuencia, arengaba a que el partido se introdujera en la «trinchera» antiolegialista, y se aprestara a «librar nuevas batallas por sus ideales y por la pureza del sufragio que tan grave peligro ahora corre».⁷⁸ En concordancia con su prédica, a fines de marzo, el comité nacional herrerista fijó el sublema de sus listas para las elecciones legislativas de noviembre: «Con Herrera, contra el colegiado y por el plebiscito».⁷⁹

En cambio, el directorio se situó en el polo opuesto. Los editorialistas de *El País* y *Diario del Plata* señalaban que el momento político no era oportuno ni había urgencia de una reforma constitucional, ya que antes había que abordar la delicada crisis económica, financiera y social.⁸⁰ Además, podía ser perjudicial para la unidad partidaria ventilar este asunto.⁸¹ En su visión, el partido debía abocarse a una eficaz «acción parlamentaria» para demostrar sus aptitudes de gobierno, a la par que mejorar la organización partidaria en el

76 Luis Alberto de Herrera, «La grosera artimaña burladora de la conciencia pública», *La Tribuna Popular*, 21 de febrero de 1931, 1; Luis Alberto de Herrera, «El ejército con el arma al brazo tiene los ojos puestos en el Senado», *La Tribuna Popular*, 22 de febrero de 1931, 1. La investigación más exhaustiva sobre el armado de la constitución de 1917 y el rol del Partido Nacional es la de: Daniel Corbo, *Cómo se construyó nuestra democracia 1897-1925: Los pactos fundacionales de nuestra democracia pluralista* (Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2019).

77 Luis Alberto de Herrera, «Como en 1916: Antiolegialistas a un lado; colegialistas a otro», *La Tribuna Popular*, 3 de febrero de 1931, 1; Luis Alberto de Herrera, «La época incierta que se abre en la política nacional», *La Tribuna Popular*, 12 de febrero de 1931, 1.

78 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1.

79 «El Comité Nacional Herrerista fija norma de su conducta», *La Tribuna Popular*, 20 de marzo de 1931, 1. Este comité, con Herrera como su presidente, nació en febrero con el objetivo de concretar la lucha contra el régimen batllista, revisar las leyes electorales y promover la reforma constitucional. Haedo, *La caída de un régimen*, 295-297.

80 «La reforma», *Diario del Plata*, 13 de enero de 1931, 3. Eduardo Rodríguez Larreta, «Dos leyes previas a cualquier reforma constitucional», *El País*, 10 de enero de 1931, 5. Para este medio, el antiolegialismo era una «nostalgia» por las presidencias dictatoriales. «Nostalgias peligrosas», *El País*, 19 de enero de 1931, 5; «La nostalgia del despotismo», *El País*, 6 de febrero de 1931, 5.

81 «Reforma de la Constitución y presidencialismo», *El País*, 23 de enero de 1931, 5.

afán de obtener mejores resultados en las elecciones legislativas de noviembre de 1931.⁸² A la vez, llamaban a deponer «pequeñas pasiones» y «colocar el sagrado interés partidario por encima de los personalismos inferiorizantes que afrentan nuestra dignidad cívica».⁸³ Este «pequeño grupo de nacionalistas» eran peligrosos porque estaban «poseídos de una terrible furia nihilista, aspiran a arrasar lo existente, pero no saben cómo será el edificio venidero (...) incapaces de construir, ni siquiera de arrimar un ladrillo a la obra que deberá llenar el vacío de las instituciones arrasadas».⁸⁴

En contrapartida, los herreristas se desvinculaban de la acusación de personalismo, porque este no formaba parte de la esencia de un partido del llano, y explicaban en la lógica de un discurso antipolítico que: «no se sigue al hombre creyéndole un semidiós. Se le sigue porque él encarna como ninguno las aspiraciones de un pueblo que está harto de las concupiscencias de los políticos profesionales, y que está harto del batllismo».⁸⁵ Herrera consideró que era «inútil» agraviar la «soberanía partidaria» arrastrada por su personalismo, e invirtió los conceptos: «soy yo quien sigo a la opinión colectiva y si ella, honrándome mucho, me acompaña, es porque recojo e interpreto su hondo sentir y su pensamiento. Si la gran mayoría de mis correligionarios piensan como yo, es sencillamente porque yo pienso como ellos piensan».⁸⁶

Cuando Herrera se negó a aceptar el resultado de la votación del congreso elector, el grupo de Quijano se posicionó de forma muy crítica hacia su actitud. En primer lugar, expresaban que, si bien nunca habían sido «amigos políticos», tampoco eran «enemigos ocultos», y se definían como «adversarios leales». En este sentido, no le negaban méritos, aunque eso no implicaba reconocer que era el «hombre imprescindible» para evitar la bancarrota del partido y alertaban sobre el riesgo del caudillismo.⁸⁷ Los demócratas sociales planteaban la discusión en el plano teórico y afirmaban que la democracia exigía el respeto a la decisión de la mayoría, lo que no solo correspondía a nivel nacional, sino

82 «La acción parlamentaria», *El País*, 9 de febrero de 1931, 5.

83 «El momento político», *El País*, 18 de enero de 1931, 5. También pedían a los herreristas que no sembraran escepticismos; al contrario, era necesario transmitir confianza a las fuerzas del partido y mostrar flexibilidad, porque la terquedad era un mal augurio: «Camino claro», *El País*, 28 de enero de 1931, 5; «El nuevo directorio tomó posesión ayer», *El País*, 29 de enero de 1931, 5.

84 «Una reforma constitucional que nadie sabe en qué consistirá», *El País*, 16 de febrero de 1931, 5.

85 «No hay tal personalismo», *La Tribuna Popular*, 1 de febrero de 1931, 1.

86 Luis Alberto de Herrera, «Crisis necesaria y fecunda», *La Tribuna Popular*, 10 de febrero de 1931, 1.

87 «Los puntos sobre las íes», *El Nacional*, 21 de enero de 1931, 1. Los herreristas consideraban que en el congreso elector sus «enemigos ocultos» se habían sacado la careta: «Ahora son las lamentaciones», *La Tribuna Popular*, 22 de febrero de 1931, 1; «Touché!», *La Tribuna Popular*, 11 de febrero de 1931, 1.

que debía ejemplificarse en la lucha partidaria.⁸⁸ En segundo lugar, según este sector político, la crisis del nacionalismo se había producido porque Herrera no había sido elegido presidente del directorio y no había aceptado su derrota en la elección interna. En relación con esta idea, señalaban que él no era «la encarnación de la voluntad del partido», no era insustituible ni «poseedor de la verdad absoluta».⁸⁹ Desde su punto de vista, el problema residía en que Herrera carecía de una orientación ideológica definida en materia económico-social y su prédica contra los defectos electorales eran viejos motivos que ya no movían a las masas. Además, no estaba de acuerdo con que él se ubicara a sí mismo en las antípodas de los conservadores del partido, ya que, al contrario, se encontraba cerca de ellos. *El Nacional* comentaba su discrepancia con los conservadores vinculados a *El País*, pero le reconocían que, por lo menos, definían sus enfoques, a diferencia de Herrera.⁹⁰

Carlos Quijano puntualizó que su grupo había discutido dos opciones: incorporarse a un partido más pequeño o permanecer en el Partido Nacional. Establecía que habían escogido la segunda alternativa por compartir «las realizaciones en el campo político», como el sufragio universal, la representación proporcional y el voto secreto.⁹¹ Desde su perspectiva, la crisis partidaria era ocasión de precisar conceptos, y comentaba cómo los herreristas se adjudicaban el título de «avanzados» y de «liberales» frente a los conservadores, encabezados por Ismael Cortinas. En su diagnóstico esto era inapropiado y desvirtuaba su verdadera ubicación en el espectro político, ya que Herrera era «más conservador», sin ahondar lo suficiente en esta definición. Así explicaba que en el plano político el Partido Nacional había sido revolucionario y renovador con su lucha a favor de las libertades y de la democracia, combatiendo a los reaccionarios a estos avances. Sin embargo, en el terreno económico y social también era posible distinguir avanzados y conservadores: los primeros apoyaban la necesidad de reformas; y los segundos eran partidarios de mantener, casi sin alteración, el funcionamiento económico, tendencia donde era razonable ubicar al doctor Herrera. Estas posiciones eran reconocibles cuando se debatía sobre propiedad, herencia y salario, categorías «organizadas bajo el signo del individualismo». Los demócratas sociales sostenían que la propiedad «permite y autoriza un régimen

88 «La ley de la democracia», *El Nacional*, 22 de enero de 1931, 1.

89 «Frente a nuevas palabras», *El Nacional*, 25 de enero de 1931, 1.

90 «Definiciones principistas», *El Nacional*, 27 de enero de 1931, 1. En su análisis, la indefinición de Herrera, que condenaba a unos por su «bolchevismo» y a otros por su «conservadurismo reaccionario» le permitía situarse equidistante de unos y otros. «Hay que definirse», *El Nacional*, 10 de febrero de 1931, 1.

91 Carlos Quijano, «Sobre lo mismo», *El Nacional*, 27 de enero de 1931, 1.

de privilegio y de abuso» y la herencia «acrecienta la desigualdad natural de los hombres», por lo que correspondía combatir al individualismo para hacer «desaparecer las desigualdades artificialmente creadas entre los hombres, dando, en fin, a la sociedad, sin desmedro de la libertad, lo que realmente le pertenece».⁹²

Por otra parte, durante el verano de 1931, *El Nacional* continuó con su prédica favorable a la revisión de la constitución de 1917, *leitmotiv* del medio desde su nacimiento el año anterior. En su mirada esta había sido una fórmula híbrida, pero viable, de transacción entre ambos partidos adversarios y había sentado los cimientos de la democracia, pero en su práctica era ineficaz, incoherente e imposibilitaba una buena gestión gubernamental.⁹³ En ese momento se daba la situación de que un partido, el Colorado, controlaba la presidencia y la mayoría del CNA, y la oposición tenía mayoría en ambas cámaras del poder Legislativo. Sin embargo, era posible que un partido conformara el CNA y otro la presidencia, lo que embrollaría la acción del gobierno. Esa sería la situación si el Partido Nacional ganara las próximas elecciones presidenciales: continuaría como minoría en el CNA y solo podría conquistar la mayoría con sucesivas victorias hasta 1934. Asimismo, el Partido Nacional, al haber sido siempre minoría, era el más perjudicado porque a la postre se la pasaba «colaborando» en una gestión que él no dirigía.⁹⁴ La Agrupación Nacional Demócrata Social era partidaria del parlamentarismo por ser de «esencia más democrática», quitándole al presidente los «últimos restos de feudalismo».⁹⁵ En su lógica, tanto el ejecutivo bicéfalo de 1917 como un régimen presidencialista, tenían el problema de tener un «mandato a término fijo» lo que restaba a la responsabilidad gubernamental.⁹⁶ Los demócratas sociales reclamaban que Herrera especificara el régimen político que esperaba con la reforma. Si bien para ellos la revisión constitucional era una necesidad, creían que la discusión debía ser mesurada y serena, a diferencia

92 «Contestando al Señor Herrera», *El Nacional*, 27 de enero de 1931, 1; «Algo más», *El Nacional*, 28 de enero de 1931, 1.

93 Héctor Payssé Reyes, «Reforma constitucional», *El Nacional*, 2 de enero de 1931, 1.

94 «La situación política», *El Nacional*, 6 de enero de 1931, 1.

95 «La reforma», *El Nacional*, 1 de noviembre, 1930, 1; «La reforma constitucional», *El Nacional*, 18 de noviembre, 1930, 1. «El parlamentarismo», *El Nacional*, 9 de marzo de 1931, 1. Alertaban que su época no era favorable a este régimen político, acusado de ser culpable de la existencia de dictaduras en Europa, pero a pesar de ello seguían creyendo en sus ventajas. En caso de que el parlamentarismo no prosperara preferían el colegiado integral antes que el presidencialismo.

96 «Tendencias reformistas», *El Nacional*, 4 de enero 1931, 1; «Reforma constitucional», *El Nacional*, 7 de enero de 1931, 1; «La reforma constitucional», *El Nacional*, 5 de enero de 1931, 1. Para ampliar criterios sobre sus posiciones en este debate, véase: Caetano y Rilla, *El joven Quijano*, 201-204.

de Herrera, poco dispuesto a «negociar», un punto fundamental para reunir los votos en el parlamento.⁹⁷

Los herreristas ocupan la calle

Como se ha analizado, después de la derrota presidencial del 30 de noviembre de 1930 los herreristas asumieron una actitud de combate en la interna partidaria. En enero de 1931, la merma de posiciones entre las autoridades del partido fue interpretada como una pérdida del aval y legitimidad de liderazgo que se le había depositado a Luis Alberto de Herrera en la última década. Desde la derrota buscaron ocupar visibilidad en la calle y hacer patente calor popular. La primera ocasión propicia para demostrar que las masas partidarias mantenían su fidelidad al «jefe civil» del partido fue el 27 de febrero, día en que Herrera abandonó su puesto de consejero nacional. Según la crónica de su prensa favorable, alrededor de siete mil personas lo despidieron, incluyendo familias con niños, que acompañaron a su «ídolo» en una «manifestación de simpatía» desde la sede del Consejo Nacional de la Administración hasta la casa de su madre. El fin de la recorrida en ese lugar no fue casual, ya que en el imaginario de la masa partidaria ella simbolizaba a la mujer cristiana y abnegada, quien había llevado en su seno a su líder.

La procesión de despedida revistió enorme significación si se considera que esto ocurría a un mes de la votación desfavorable a Herrera en el congreso elector nacionalista y a escasos días de que el Senado aceptara la victoria batllista. *La Tribuna Popular* reportaba que a los «hombres superiores jamás alcanza el lodo en que chapotean los batracios». Las crónicas relataban que Herrera «fue apretujado, abrazado y besado por la muchedumbre» y describían cómo al salir a la calle del edificio donde sesionaba el CNA, abrazó «fuerte y apasionadamente» al «conserje Flores», un excombatiente del caudillo del Cordobés. La crónica narra que Flores derramó «lágrimas de alegría y gratitud». Por otra parte, desde los balcones de la casa de su «buena y santa, como toda madre», Herrera habló a la multitud que con su «conmovedora acogida» y con el «latido de sus corazones» cercanos al suyo compensó la «amargura» de las últimas semanas. Agradeció su confianza y manifestó su deseo de «conservar, entero, vuestro afecto». En una demostración de falsa

97 «Las peligrosas exageraciones de cierto reformismo», *El Nacional*, 1 de febrero de 1931, 1.

modestia pidió disculpas si en alguna ocasión incurrió en errores y que no tuvieran dudas de que siempre lo guiaron los buenos propósitos y el «culto a la verdad». Como prueba de su humildad señaló que: «si mejor no lo he hecho es, lealmente os lo digo, porque no he sabido hacerlo. Excusádmelo».⁹⁸

La lectura de *El País* fue opuesta y contrastó el apoyo popular que rodeó la llegada de Herrera al CNA hacía seis años con el «grupo raleado y poco significativo» que fue a despedirlo. En su explicación hubo varios motivos, como «que el pueblo uruguayo es demasiado inteligente» y no aceptaba la «pajarería barata» de promesas incumplidas. Además, reiteraban que Herrera era el culpable de generar la partición del partido y de maltratar sin medida a sus compañeros.⁹⁹

El 28 de febrero la adhesión de los seguidores de Herrera no solo se hizo visible en las calles. Ese día también recibió cartas de apoyo con motivo de su retiro del CNA, en las que sus adherentes le reconocían sus virtudes como un gobernante preocupado por el pueblo. Asimismo, los periódicos comenzaron a jugar un rol más relevante en la pugna interna del partido, y varios dirigentes del interior solicitaban a su «jefe civil» a encontrar los medios para que *La Tribuna Popular* «reclamada a gritos por los Herreristas», llegara a todos los puntos del país, como modo de transmitir la versión de su corriente partidaria.¹⁰⁰

A principios de marzo, los herreristas denunciaron a los miembros del directorio por gastar el dinero del partido en una «espasmódica actividad» a lo largo de la República, lo que también permite evaluar que ambos grupos querían ganar contacto directo con el pueblo nacionalista. El herrerismo exigió adoptar una «actitud radical con respecto a las andanzas de estos ilustres señores» y reiteró que la división la provocaron ellos cuando buscaron abatir el prestigio de Herrera e hicieron un «rancho aparte». No podía haber contemplación: «con Herrera, o contra Herrera», y era necesario «higienizar el partido de los elementos impuros que se introdujeron por la noche», ya que ser indiferente era una deserción.¹⁰¹ Para Herrera, esos «aristócratas» o «casta privilegiada» habían desatado en su contra «furias infernales» dejando

98 El comité departamental herrerista de Montevideo, presidido por José A. Otamendi (hijo), había organizado el homenaje. «En los brazos del pueblo llegó al Consejo Nacional», *La Tribuna Popular*, 27 de febrero de 1931, 1; «...Y en los brazos de su pueblo dejó el Consejo», *La Tribuna Popular*, 28 de febrero de 1931, 1.

99 «La manifestación fracasada», *El País*, 28 de febrero de 1931, 5.

100 Cabe mencionar que durante enero le entregaron varios mensajes de adhesión, número que se incrementaría en febrero. Museo Histórico Nacional (Uruguay), Archivo Luis Alberto de Herrera, carpeta 3654.

101 «¡Alerta, herreristas!», *La Tribuna Popular*, 6 de marzo de 1931, 1.

en evidencia «dos concepciones espirituales» que salían a la luz porque se había roto el «convencionalismo formal» que había caracterizado al partido. No obstante, advertía que desde 1922, en alusión a la interna presidencial nacionalista de ese año, habían intentado «lapidarlo» cuando él había llevado la renovación y la modernidad al partido. Sin embargo, al final «la reconciliación fue más ficticia que real» y se había equivocado al confiar en ellos dejando «desprevenida la fortaleza. Empresa fácil, desde que ni siquiera había guardias. Hasta del armero se apoderaron. Fue entonces [que] reapareció, con multiplicado furor, el odio viejo que, por el tiempo corrido, parecería enfriado».¹⁰²

La siguiente manifestación favorable a Herrera fue el 14 de marzo. En este nuevo homenaje, según sus propios registros, la participación fue más numerosa, rondando las cuarenta mil personas, que no solo aclamó a su «conductor de multitudes», sino que exigió la renuncia del directorio. *La Tribuna Popular* dedicó amplio espacio al evento y narró que debió protegerse a Herrera para que «no fuese ahogado por el entusiasmo de la masa». En un relato cargado de simbolismo, como las apoteosis del «tren relámpago» de las campañas electorales de 1922, 1925 y 1926, un «relámpago nacionalista» a «paso vencedor» recorrió las calles de la ciudad, con una participación de más de cien autos embanderados que acompañaban a la caravana humana. Al igual que en aquellas giras políticas, la nota de color eran de las mujeres que lo vivaron con una «lluvia de flores». El acontecimiento cobraba mayor impacto al indicarse que ese día otras diversiones podrían haber limitado la concurrencia, como el campeonato latinoamericano de box, los fuegos artificiales del Parque Rodó y varios espectáculos de bailes y comparsas.¹⁰³

A través de estos eventos Herrera se acercaba a sus adherentes más allá de las reuniones que se llevaban a cabo en campañas electorales, y permiten observar cómo su figura de líder adorado ya estaba consolidada. La forma

102 Luis Alberto de Herrera, «Una oligarquía frente al pueblo», *La Tribuna Popular*, 11 de marzo de 1931, 1. Sobre la interna presidencial nacionalista en 1922 véase: Carolina Cerrano y José Saravia, «La primera elección presidencial de Luis Alberto de Herrera desde el discurso del candidato y la prensa partidaria (1922)», *Prohistoria. Historia, políticas de la Historia*, n° 35 (2021): 47-68. [<https://ojs.rosario-conicet.gov.ar/index.php/prohistoria/article/view/1404>].

103 «Glorificaciones populares», *La Tribuna Popular*, 14 de marzo de 1931, 1; «La honestidad y la altivez continúan siendo virtudes ciudadanas», *La Tribuna Popular*, 15 de marzo 1931, 1. *La Tribuna Popular* se conceptualizaba por su prédica «sana, noble y desinteresada» a diferencia de los demás medios nacionalistas «enemigos de Herrera» quienes consideraron que la manifestación no había colmado las expectativas de los organizadores. «La manifestación herrerista y el ramirismo», *La Tribuna Popular*, 16 de marzo de 1931, 1. Según *Diario del Plata*, los concurrentes fueron entre seis y siete mil, número que no había respondido a las expectativas de sus promotores. De este modo, se dudaba del prestigio y la popularidad de Herrera: «La manifestación herrerista», *Diario del Plata*, 15 de marzo de 1931, 3.

de proceder adquiriría un tono ritual, que se repetiría de igual forma, y solo con algunos matices, en las siguientes décadas. Herrera era objeto del fervor pasional de las masas, que deseaban expresar sus sentimientos de adhesión incondicional de forma física. Asimismo, el «jefe civil» mostraba que conocía y se preocupaba por sus seguidores, sin importar que desarrollaran actividades de poco prestigio social. Así, su abrazo al conserje era una señal para la masa de que su líder los tenía en cuenta por el simple hecho de entregar su apego a la causa que este defendía.

Igualmente, cabe mencionar que los dirigentes herreristas indagaron en el origen de las adhesiones espontáneas del pueblo nacionalista y en las razones de esa devoción. Para comprender el rol que este jugaba en el imaginario de su colectividad política, caben incluir algunas ideas expuestas en un manifiesto político elaborado por el grupo de congresales que en enero había votado por Herrera para la presidencia del directorio. Estos recalcan que a partir de 1922 todos los nacionalistas, incluso aquellos que discrepaban de él, reconocían que era una «fuerza moral» que concitaba entusiasmos, «factor impersonal y representativo» y «motor sentimental, en la más pura significación del concepto». En particular, destacaban la función esencial de Herrera como caudillo:

para la consecución de ideales colectivos: la de dinamizar a las multitudes, que, aún en los partidos de mayor densidad intelectual, se mueven por impulso emotivo y han menester del brío que le comuniquen sus hombres representativos. Fenómeno de simpatía y afinidad colectivas, su presencia ha de regocijarnos, cuando quien desempeñe tal difícil ministerio no lo degenerate en instrumento de señorío ilegítimo.¹⁰⁴

Por otro lado, resaltaban que el reconocimiento de la preeminencia de Herrera, a pesar de ciertas disensiones dentro del partido, no limitó la libertad de los afiliados, sino que fue fecundo para el florecimiento de diversas tendencias. Sus defensores afirmaban que su jefe había «realizado dignamente su función histórica de caudillo; su empeñoso esfuerzo ha contribuido fundamentalmente al engrandecimiento del Partido, y nadie ha osado negar tan esclarecido título».¹⁰⁵

104 «Un manifiesto político de verdadera importancia», *La Tribuna Popular*, 29 de enero de 1931, 1.

105 «Un manifiesto político de verdadera importancia», *La Tribuna Popular*, 29 de enero de 1931, 1.

Reflexiones finales

1931 fue un año crítico en la historia del Partido Nacional uruguayo, y a la postre sería el símbolo de la división durante casi treinta años. La derrota electoral de noviembre de 1930 movilizó frustraciones, resentimientos y pasiones que se pusieron en dramática evidencia para propios y ajenos. El nacionalismo vivió la pérdida de la paridad electoral alcanzada con el Partido Colorado en la última década con desconcierto, pesimismo y angustia. Las discusiones buscaron con distintos matices encontrar culpables del fracaso, pensar la reorganización partidaria y precisar las posiciones ideológicas en un intento desesperado por alcanzar una mejor performance electoral a futuro.

Las intervenciones públicas fueron ganando en virulencia, y en especial, Luis Alberto de Herrera, el presidenciable tres veces derrotado, destacó en sus ataques hacia sus compañeros, animalizados y acusados de ser «blancos batlistas y colegialistas» por no acompañarlo en sus denuncias de fraude. Cabe remarcar el rol privilegiado que asumió el lenguaje escrito en este verano difícil, ya que fue estructurante de las discusiones y funcionó como una vía para ahondar las diferencias y avivar la agresividad de la contienda entre los políticos. Las palabras expresadas, junto con la adjetivación de los nacionalistas como colorados, sus enemigos paradigmáticos, y la supresión de las características humanas de los individuos, llegaron a tal punto de provocación que haría muy difícil una posible reconciliación entre los implicados.

Por su parte, Herrera pretendió posicionarse como el referente principal del partido y que los demás dirigentes siguieran sus órdenes y convicciones. Herrera y sus seguidores, ya identificados a sí mismos como herreristas, en su combate radical contra el régimen vigente levantaron la bandera del anti colegialismo como una seña de identidad de los «blancos de verdad». Por otro lado, los nacionalistas anti herreristas pedían a Herrera moderación y tranquilidad, expresaban que en su desesperación había perdido el juicio y la templanza. El mayor peligro que denunciaron fue el personalismo de Herrera, y que el partido se transformara en una masa de ovejas que seguían ciegamente a su pastor. Asimismo, tenían en la mira el impacto en Uruguay de la crisis económica y social global, por lo que no era prioritario en ese momento discutir una reforma constitucional. En otra dinámica, Herrera manifestaba que la forma de solucionar los problemas del país con celeridad era eliminando el colegiado.

Este artículo muestra cómo la escalada de agresiones que aumentarían en los meses siguientes imposibilitaron posiciones negociadoras y puentes donde cimentar una unidad resquebrajada. De tal modo, se hizo patente el contraste con la década del veinte en la que las agrupaciones y sus líderes se sirvieron de los canales estipulados por los órganos partidarios para resolver sus diferencias y acatar las decisiones de la mayoría de cara a las elecciones nacionales.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Ferretjans, Daniel. *Desde la Estrella del Sur a Internet: Historia de la Prensa en el Uruguay*. Montevideo: Búsqueda-Fin de Siglo, 2008.
- Caetano, Gerardo y Jacob, Raúl. *El nacimiento del terrismo (1930-1933), Tomo 1*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José. *El joven Quijano, 1930-1933: izquierda nacional y conciencia crítica*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- Caetano, Gerardo. *El liberalismo conservador*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2021.
- Cerrano, Carolina y Saravia, José. «El Partido Nacional uruguayo en las elecciones de 1930». *Res Gesta*, n° 57 (2021): 258-280. [<https://erevistas.uca.edu.ar/index.php/RGES/article/view/3555>].
- Cerrano, Carolina y Saravia, José. «La primera elección presidencial de Luis Alberto de Herrera desde el discurso del candidato y la prensa partidaria (1922)». *Prohistoria. Historia, políticas de la Historia*, n° 35 (2021): 47-68. [<https://ojs.rosario-conicet.gov.ar/index.php/prohistoria/article/view/1404>].
- Corbo, Daniel. *Cómo se construyó nuestra democracia 1897-1925: Los pactos fundacionales de nuestra democracia pluralista*. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2019.
- Gallinal, Gustavo. *El Uruguay hacia la dictadura*. Montevideo: Nueva América, 1938.
- Haedo, Eduardo Víctor. *La caída de un régimen. Tomo II*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1990.

- Lakoff, George y Johnson, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1991.
- Lindahl, Göran. *Batlle: Fundador de la democracia en el Uruguay*. Montevideo: Arca, 1971.
- Manini Ríos, Carlos. *La Cerrillada*. Montevideo: Imprenta Letras, 1973.
- Pocock, John. *Pensamiento político e historia*. Madrid: Akal, 2011.
- Reali, Laura. *Herrera. La revolución del orden: Discursos y prácticas política, 1897-1929*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2016.
- Skinner, Quentin. «Significado y comprensión en la historia de las ideas». *Prismas: revista de historia intelectual*, n°4, (2000): 149-194.
- Vanger, Milton I. *José Batlle y Ordóñez: La elección de 1926*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2012.

Fuentes primarias de prensa

- El País*, Montevideo, diciembre 1930, enero, febrero y marzo de 1931.
- La Tribuna Popular*, Montevideo, diciembre 1930, enero, febrero y marzo de 1931.
- El Plata*, Montevideo, diciembre 1930, enero, febrero y marzo de 1931.
- El Nacional*, Montevideo, diciembre 1930, enero, febrero y marzo de 1931.

Archivo

- Museo Histórico Nacional (Uruguay), Archivo Luis Alberto de Herrera, carpeta 3654.